

SODRE
ESTUDIO AUDITORIO

TEMPORADA OFICIAL 1942

Sábado 27 de Junio, a la hora 18

SEXTO CONCIERTO SINFONICO DE ABONO

BAJO LA DIRECCION DE

ALEJANDRO SZENKAR

SOLISTA:

LYDA INDART de VIGLIETTI

(PIANISTA)

(LAUREADA EN EL CONCURSO)



PROGRAMA

PRIMERA PARTE

BRUCKNER — 3.a Sinfonia

Allegro moderato
Adagio quasi andante
Scherzo
Final (Allegro)

(Primera audición para Sud-América)

SEGUNDA PARTE

LISZT — Concierto en Mi-bemol-mayor,
para piano y orquesta

Allegro maestoso
Quasi adagio
Allegro vivace
Allegro marziale animato

Solista: LYDA INDART de VIGLIETTI

LISZT — Los Preludios (Poema Sinfónico)

Alejandro Szenkar

(DIRECTOR)

ALEJANDRO MIGUEL SZENKAR, nacido en Budapest, procede de una célebre familia de músicos. Su padre fué organista y director de coro durante muchos años, en la Opera Real de Budapest, colaborando con Gustav Mahler.

Siendo muy joven llamó la atención por su voz y singular musicalidad y en su adolescencia intervino en los espectáculos de ópera, teniendo a su cargo pequeños papeles. Concluyó sus estudios en la Academia Real de Música, (piano, contrabajo, Arpa, composición y dirección).

Después de una actuación como correpetitor, en la Opera de Budapest, Szenkar empezó su carrera como Director de Orquesta, en la ciudad de Debreczen, Hungría, a los 18 años (dirigiendo "Cavallería Rusticana"). Luego continuó su actuación en los teatros de Stettin, Saarbruecken, Detmold y en la fusión de los teatros de Corte Gera-Altenburg en Alemania, como Director General de Música. Su éxito en Gera fué tan grande que los críticos de Berlín se trasladaron a esa ciudad para escucharlo. Siguió en 1928 una invitación a Berlín, donde dirigió en la Radio del Estado la Gran Orquesta Sinfónica, ofreciendo en esa oportunidad, entre otros y junto con Fr. Schalk, O. Klemperer y O. Fried, un ciclo de las Sinfonías de Bruckner y representaciones de óperas. En la misma época dirigió, como colaborador de Max Reinhardt, 250 veces la célebre representación de "El Murciélago". En 1932 fué director general de la Opera de Graz, el más importante teatro de ese género en Austria, después del de Viena, habiendo sucedido en ese cargo a Clemens Krauss. Ha realizado luego importantes jiras, dirigió grandes conciertos y óperas en Frankfurt, Viena y Budapest, e invitado por el gobierno de Rusia actuó tres años en ese país, en la misma época que Klemperer, Kleiber, etc.

Szenkar es compositor de varias obras sinfónicas y suites, ciclos de Lieder, música de Cámara, etc., y escribió, además, la música para "Mucho ruido por nada", de Shakespeare.

Bruckner (1824 -1896)

Sinfonía N.º 3

El famoso compositor austríaco Anton Bruckner, nació en Ansfelden (alta Austria) el 4 de setiembre de 1824 y falleció en Viena el 11 de octubre de 1896. Hijo de un maestro de escuela de ascendencia campesina, de quién recibió las primeras nociones musicales, quedó huérfano a los 12 años, entrando como niño de coro en la Capilla de San Florián. Al cambiar la voz, a los 16 años, se prepara para el Magisterio con objeto de ayudar a su familia, aprovechando todos los momentos libres para perfeccionarse en la música. Ocupa el puesto de maestro en pueblos insignificantes y actúa como organista y músico suplente, hasta que en 1848 es nombrado organista efectivo del convento de San Florián. En 1856 gana por concurso el puesto de organista de la catedral de Linz. Su formación musical puede considerarse casi completamente autodidacta, su solo esfuerzo y sus facultades le han permitido llegar a ser, no obstante, un excelente organista y a poseer profundos conocimientos de contrapunto. En frecuentes viajes a Viena se perfecciona aun, bajo la dirección de Sechter, maestro de composición y contrapunto, y frecuente, asimismo, al director de orquesta de la ópera Kitzlei, que lo familiariza con las reglas modernas de la forma y con el arte de Ricardo Wagner. Sucede finalmente a Sechter, su maestro, en el cargo de organista de la corte de Viena. Desde 1867 y durante 28 años, ocupa la cátedra de contrapunto, composición y órgano del Conservatorio y, nombrado en 1875 profesor de la Universidad de la misma ciudad, recibe de ella en 1891, el título de "Doctor Honoris Causa". El alto valor de Bruckner como compositor tardó mucho, sin embargo, en ser reconocido. Su primera sinfonía, obra de la plena madurez de su talento, que se estrenó en 1868, fué acogida por el público con indiferencia. Quizás influyó en ello la circunstancia de pertenecer a la misma época que Brahms, de temperamento completamente opuesto al suyo, pues mientras el maestro de Hamburgo evidenciaba su preferencia por los clásicos, Bruckner seguía con entusiasmo el camino trazado por Wagner, a quién admiró y estudió profundamente y quién, a su vez, lo distinguió con su amistad leal y sincera.

Refiriéndose a Bruckner ha escrito P. Walter Jacob:

"El mundo, camino exterior del músico que lo conduce a escalar altos cargos y honores, este mundo cuyo contacto siempre le impresionaba dolorosamente, fué

durante toda su vida algo extraño para este hijo de campesinos, profundamente religioso. De este modo lo colosal de su personalidad y de su obra, la arquitectura gigantesca de sus nueve sinfonías, sus composiciones corales sacras y mundanas, resulta un milagro, una aparición excepcional que se mantiene solitariamente única, tanto en nuestros días como en los de su época. Bruckner fué una manifestación absolutamente extraordinaria, que solo se produce una vez. Por ello se hace casi imposible ubicarla en orden de la historia de la música. Es que la obra de Bruckner contiene por sí misma, comienzo y fin. No se trata de un eslabón que forma parte de un desarrollo. Por eso, careciendo de escuela, ha quedado sin sucesores. Sin embargo, son muchos los compositores importantes que han estudiado con él. Indudablemente no es posible imaginar mayor contraste que el existente entre la dulzidad, la confusión y crisis de nuestra época y la calma majestuosa y uniformemente devota que caracteriza la obra de Bruckner. Y quizá sea debido, precisamente a este contraste, a esta distancia polar entre dos mundos, que el hombre moderno siempre vuelva a sentirse atraído con gran interés, con ilimitada admiración y también con asombro, por estos "edificios monumentales", verdaderas catedrales, que son las composiciones de Bruckner, pues todo anhelo de paz, equilibrio y tranquilidad, forzosamente nos inducirá a ir en busca de este músico austriaco. Y aunque la nerviosidad y voluntad de progreso humano del siglo XX no logre hallar en esta obra monumental las piedras que sirvan para cimentar composiciones del futuro, ni formas que hagan posible un desarrollo señero de adelante, no por ello dejará de unirnos un profundo sentimiento de respeto y admiración al sinfonismo de este maestro del órgano, de este católico creyente".

"...Durante su vida, solo realizó Bruckner una gira de conciertos de órgano por Francia e Inglaterra, alguna peregrinación a Bayreuth para asistir a los Festivales Wagner, y alguno que otro viaje, muy pocos por cierto, motivados por audiciones de sus obras. Esas fueron sus únicas evasiones del limitado círculo de su patria. Entre los 40 y 50 años recién comienza su verdadera obra componiendo las misas y la primera sinfonía. Durante el quinto decenio de su vida, tiene varias veces la satisfacción de ver y oír representaciones de sus obras, pero es solo después de la muerte del maestro, que alguno de sus discípulos (Mottl, Nikisch, Mahler, Schalk), logran imponer sus composiciones, aunque en proporciones extremadamente reducidas. La única fuente que nos brinda la posibilidad de conocer íntegramente la personalidad de Bruckner, es su obra. Este compositor, cuya vida está dedicada exclusivamente a cumplir con sus cátedras, con sus obligaciones profesionales al mismo tiempo que con sus obras, fruto de un intenso trabajo creador, humilde y religioso hasta la anulación absoluta de toda vida privada; este compositor, a quien el roce con lo cotidiano, con las pequeñas y grandes cosas de esta vida resultaba incómodo, desilusionante y doloroso, solo ha podido legarnos sus gigantescas obras, que son sus sinfonías y sus composiciones populares; obras que solo logramos captar bajo la faz más reducida del devenir histórico. La obra de Bruckner está ubicada, en este sentido, fuera de toda época. Su continuación solo podrá hallarse a la misma distancia, de la que se encuentra ella, para poder considerarla una continuación de cierta parte de la obra integral de Juan Sebastián Bach, o quizá, también, del novel romanticismo de un Franz Schubert".

"...Se ha dicho de Bruckner que era un "wagneriano". Este concepto se justifica siendo, como era un admirador sin restricciones del maestro de Bayreuth y habiendo asimilado síntomas del lenguaje tonal wagneriano para la propia obra sinfónica. Pero, es fácil comprender la imposibilidad de que exista una diferencia mayor que la comprendida entre la calma religiosamente majestuosa y la abstracción del mundo, inherente al músico primitivamente libre de problemas que es Bruckner y el gesto conquistador de mundos de Wagner, con su dominador, si bien problemático, dramatismo. Todo lo sensual, lo dionisiaco del arte wagneriano debía mantenerse extraño al creador Bruckner. De Wagner solo podía asimilar el cromatismo, la técnica de secuencias y la amplificación de la romántica orquesta wagneriana que resultaban compatibles con su propio lenguaje, religiosamente romántico natural y que conferían nuevo brillo a su innata ampulosidad de católico creyente. Es lógico que el misticismo contenido en el "Lohengrin" y "Parsifal" del dramaturgo musical Wagner, moviera al organista austriaco, cuyo medio de expresar su fé en Dios era la sinfonía, a utilizar aquella nueva técnica de instrumentación de los medios sonoros de la cuerda y los metales. Siendo las fuentes de las que mana el arte de Bruckner tan fundamentalmente distintas de las que nutren la fuerza teatral de Wagner, el concepto "wagneriano" aplicado al maestro austriaco, puede llegar a originar equívocos y confusiones. Lo más acertado sería denominarle "el más grande y único sinfonista de la era Wagneriano". Se mantiene único entre el programático poema sinfónico de Liszt y la producción sinfónica de Brahms, nacida de su música de cámara y de una rigurosa autocrítica tendiente a buscar la forma puramente clásica. Único, pues, siendo auténticamente romántico, continúa componiendo según las reglas de la amplia forma sinfónica y utilizando el lenguaje tonal de Wagner. Esto solo es comprensible cuando se tiene en cuenta su ingenua religiosidad y confianza en sí mismo. Mientras todos los demás músicos del siglo XIX analizan y examinan su producción, mientras la amplia línea sinfónica proveniente de Beethoven se bifurca, conduciendo por un lado hasta la música puramente programática de Berlioz y Liszt, y por el otro, hasta el autocrítico y lógico clasicismo de Brahms, este compositor continúa haciendo su música con la grandiosa naturalidad del que, debido a su profunda fé religiosa no se considera digno de criticar las creaciones que gestan en él. Compone utilizando la heredada forma sinfónica de la sonata y la reviste con las nuevas sonoridades de la orquesta wagneriana, no por encontrar solución al problema de la forma en sí, sino por exigírselo el exceso de inspiración melódica de que dispone

y que le obliga a ampliar el severo clasicismo. Así introduce en el primer movimiento de sus sinfonías un tercer grupo de temas; así enlaza temáticamente en sus finales las frases de introducción, intercala solemnes períodos a cargo de los metales y convierte la sinfonía durante su amplio e himnico final, en una verdadera "catedral sonora". La terminación de toda su música, de todas sus conversaciones con Dios y el mundo, será siempre el adagio. En los movimientos lentos es donde se perfila la inocente belleza del carácter bruckneriano. Es aquí donde podemos reconocerla más ampliamente, donde comprenderemos mejor toda su pureza ideal y absoluta despreocupación, pues es aquí donde él, "Músico de Dios", canta sin preocuparse en lo más mínimo del efecto concertante, del oyente y del éxito. Es aquí donde expresa sin trabas el énfasis de su devoción, donde da curso libre al caudaloso río de música primitiva que, inagotable, parece alimentar su imaginación. Es éste el camino de sus divinamente hermosos movimientos lentos, por el que seguiremos para poder acercarnos al arte de Bruckner; para poder abarcar completamente ese bloque monumental que son sus nueve sinfonías, y edificaciones milagrosas, un trozo de restaurada "INOCENCIA MUSICAL" que se mantiene inmovible en medio del agitado desarrollo artístico del siglo pasado, tan lleno de problemas no solucionados..."

LA SINFONIA Nº 3, de Bruckner, que se denomina comunmente SINFONIA "WAGNER", lleva el siguiente encabezamiento-dedicatoria:

"Sinfonía en re menor, dedicada al excelentísimo Sr. Ricardo Wagner, el inalcanzable y mundialmente conocido dramaturgo musical, con la más humilde devoción, por Antón Bruckner".

Esta dedicatoria muestra la honda admiración que el maestro sentía por Wagner y tiene una historia altamente significativa para destacar la modestia y la conmovedora inhibición características de Bruckner. Había éste solicitado en septiembre de 1873, poder enseñar a Wagner la partitura de su segunda sinfonía en Do Menor y de su tercera en Re Menor. Wagner había rechazado en un principio este pedido por encontrarse abrumado de trabajo, pero más tarde se arrepintió de ello. El mismo Bruckner relata su entrevista con Wagner y la forma como éste examinó ambas sinfonías: "—Bueno, venga Ud.", "—Me llevó a la sala y comenzó por mirar la segunda sinfonía", "—Bastante bien" -- dijo, y empezó a examinar la tercera, leyendo detenidamente toda la primera parte. (Para la trompeta tuvo un elogio especial). Luego me dijo: "—Déjeme esta obra, después de la comedia quiero examinarla más detenidamente". Entonces le dije al adorado maestro muy tímidamente y palpitándome fuertemente el corazón: "—Maestro, tengo un gran deseo que no me animo a confesar". Y Wagner me contestó: "—Dígamele sin miedo, Ud. sabe de sobra lo mucho que yo le quiero". Entonces yo le expuse mi pretensión, pero solamente en el caso de que el maestro pudiera estar un poco conforme con mi obra. (Se trata de la dedicatoria), pues no quisiera profanar su famoso nombre. El me contestó entonces: "—Queda Ud. invitado a Villa Wahnfried para las cinco de esta tarde; allí me encontrará Ud. y para entonces habré examinado detenidamente su composición, podremos conversar tranquilamente al respecto". Los biógrafos de Bruckner relatan cómo éste pasó la tarde de aquel día caminando por las calles de Bayreuth, presa de la mayor nerviosidad. La alegría con que recibió la aceptación de Wagner, ("naturalmente tuve que echarme a llorar en seguida"), como, a causa de su nerviosidad y distracción olvidó cuál había sido la sinfonía elegida por Wagner para que le fuera dedicada y cómo, sólo consiguió sentirse tranquilo, después de que el consejero secreto Kirtz y más adelante el mismo Wagner, le aseguraron que había sido la tercera. Así estampó por fin, la dedicatoria citada, en la portada de la Tercer Sinfonía en Re Menor.

La TERCERA SINFONIA EN RE MENOR, se escuchó en primera audición en el año 1877. De las nueve sinfonías de Bruckner es la primera que ha alcanzado fama universal. Es la primera que irradia ampliamente toda la belleza y espíritu de la modalidad de Bruckner. Su primer movimiento, con un grandioso tema central en Re Menor, que consta de tres partes; su segundo movimiento, un auténtico adagio de Bruckner, ampliamente vibrante, con su tema primero maravillosamente melódico, el segundo un Andante quasi Allegreto y el tercero, misterioso y hondamente sentido; el Scherzo con su rústica y popular alegría y por fin el Finale que, a pesar de la propia belleza temática siempre vuelve al tema principal del primer movimiento, dando así a esta obra gigantesca una terminación formalmente acabada.

Liszt (1811-1886)

Concierto en Mí-bemol-mayor

Compuso Franz Liszt su CONCIERTO EN MI BEMOL MAYOR para piano y orquesta en 1848, siendo revisado en 1853 y publicado en 1857. Se ejecutó por primera vez en Weimar el 16 de Febrero de 1855 actuando como solista el propio

Liszt y estando la orquesta bajo la dirección de Berlioz. De los dos conciertos del gran sinfonista y virtuoso del piano es el más conocido. La partitura abarca 4 secciones dispuestas como los 4 tiempos de una sinfonía, para ser ejecutados sin interrupción y concebidos bajo el plan de un poema sinfónico, de cuyo género fué Liszt creador.

El tema inicial es el de una canción del propio Liszt y aparece expuesto por las cuerdas con acordes intercalados por los instrumentos de madera y de metal, para llegar en seguida a una brillante cadencia del piano. El segundo tema, que señala el comienzo del segundo tiempo en SI bemol mayor: QUASI ADAGIO, en 12|8 es anunciado por el sector grave de los instrumentos de cuerda con sordina, y pasa al piano en amplios arpeggios de la mano izquierda. Un largo trino del piano sobre un expresivo pasaje melódico de la orquesta conduce a la 3ª parte en MI bemol menor, ALLEGRETTO VIVACE en 3|4 donde las cuerdas inician un brillante tema de SCHERZO que el piano desarrolla luego caprichosamente. Esta parte termina con una cadencia "pianissimo" del piano a continuación de la cual un ALLEGRO ANIMATO señala el principio del último tiempo en 4|4 durante el cual reaparece el tema 2º transformado en un ritmo viril de marcha.

Los Preludios

Numerosos compositores, entre otros Janequin, Beethoven, Berlioz, sin contar los clavecinistas franceses y el propio Bach, habían incluido en sus obras páginas de un carácter descriptivo, habían ensayado, sin caer desde luego en la "pintura sonora" servilmente imitativa, evocar imágenes, suscitar impresiones, más o menos de acuerdo con los objetos "pensados" por el músico. Esas páginas deben considerarse como antecedentes del género que Liszt, había de consagrar más tarde, como una nueva forma de pieza orquestal en sus "poemas sinfónicos".

Esta música "de programa", la música de los "poemas sinfónicos" de Liszt, tiene por asunto con frecuencia solo dos palabras que, más que a imágenes plásticas, se refieren a emociones y sentimientos, siendo esos sentimientos y emociones la fuente de su lirismo. Considerado en su más simple expresión el arte de Liszt en el "poema sinfónico" puede reducirse a menudo a la "lucha de dos principios" a que apelaba ya Beethoven para explicar algunas de sus composiciones, lucha que derivaba en cierto modo del dualismo en la forma que caracteriza a la "forma-sonata".

"LOS PRELUDIOS" es uno de los más bellos e inspirados poemas sinfónicos de Liszt y puede considerarse en lo que respecta a su forma como una serie de variaciones, en la que se manifiesta esa lucha, pues van de la ensoñación poética al ardor del heroísmo bélico. Los versos de Lamartine que inspiraron su composición y que el músico ha colocado al frente de la partitura, parecen más bien inspirados por ésta. Liszt ha partido, para realizar su creación, de una idea general; "¿Nuestra vida es otra cosa que una serie de preludios a ese canto desconocido, que canta en la muerte su primera y solemne nota?" Para desarrollar esa idea ha pensado todo un programa, a la manera de Berlioz, constituido por el encadenamiento de una serie de diversos episodios (amor juvenil, tempestad del corazón, paz en los campos, partida para la guerra), que la música va expresando sucesivamente. Pero esos distintos episodios, esos diversos cuadros, están íntima y firmemente ligados por el tema principal admirable, que lo llena casi por entero en la sucesión de sus variaciones. Tienen así "LOS PRELUDIOS" un alto interés musical, una unidad extraordinaria, que ciertas desigualdades, ocasionadas por alguna idea episódica menos feliz, no consiguen desvanecer.

Para apreciar las intenciones del autor y discernir las distintas fases del desarrollo en la exposición musical, se puede tomar como referencia los versos de Lamartine cuya versión literal ofrecemos en seguida:

"Todo nace, todo pasa, todo llega
al término ignorado de su destino:
la aurora a la noche, el hombre a la muerte..."
.....
"Eh! quién me llevará sobre olas sin riberas?..."
.....
"La trompeta ha lanzado la señal de las alarmas:
"A las armas! y el eco repite lejos: A las armas!"
.....
"No tienes en tu lira, un canto consolador?..."
.....
"Sí, vuelvo a ti, cuna de mi infancia..."

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES

Palcos sin entrada	\$	6.00
PLATEA	»	2.50
Entrada a Palco	>	2.50
TERTULIAS 1.ª fila	»	2.50
» Otras filas	»	2.00
Galería Baja 1.ª fila Mixta	»	1.50
» » otras filas Mixta	»	1.30
Galería Baja sin numerar. Mixta	»	0.40
Galería Alta 1.ª fila Mixta	»	1.50
» » otras filas Mixta	»	1.30
Galería Alta sin numerar Mixta	»	0.40

Miércoles 1.º de Julio, a la hora 18 y 15
1er. Espectáculo Mixto de Ensayo

PROGRAMA

PRIMERA PARTE

CONCIERTO SINFONICO CORAL

SEGUNDA PARTE

“EL MAESTRO DE CAPILLA”

Opera en un acto.

TERCERA PARTE

“SILFIDES”

Ballet de Chopin.

Sábado 4 de Julio, a la hora 18
CONCIERTO SINFONICO

(FUERA DE ABONO)

BAJO LA DIRECCION DEL MAESTRO

EDUARDO GUARNIERI



Anton Bruckner

Este compositor inmortal, apreciado en todo el mundo como maestro de la música sinfónica, es austriaco. Su vida, su personalidad, su genio, son típicamente austriacos. Nació en un pueblo de Alta-Austria y llegó a ser profesor de composición musical en el Conservatorio de Viena; de organista en una pequeña iglesia de convento llegó a ser organista de la Catedral de la Corte Imperial; y de maestro de una escuela de pueblo llegó a ser profesor de la Universidad de Viena.

Y es austriaca también la modestia humana que nos habla desde todas sus obras sinfónicas hechas con una fuerza creadora única. Aún en el apogeo de la gloria, Bruckner quedó el músico modesto, humilde servidor del arte.

Austria tenía hombres de esta talla: artistas de sublime grandexa que hacían figurar a ese país entre los primeros en cuanto a cultura. Y es por eso que Austria tiene el derecho de volver a ser un país libre y de seguir viviendo según su propia índole.